

CUARTA PARTE

CAPÍTULO PRIMERO.

DELIRIO.

Sin duda había oído Dios la plegaria de Andrea, porque M. de Charny no sucumbió á su acceso de fiebre.

À la mañana siguiente, mientras ella absorbía con avidez todas las noticias que le llegaban del herido, éste, gracias á los cuidados del bondadoso Luis, pasaba de la muerte á la vida. La inflamación había cedido á la energía y á los remedios, y principiaba la cura.

Una vez salvado Charny, el doctor Luis se ocupó de él mitad menos. El enfermo cesaba de ser interesante, pues para el médico es muy poca cosa el vivo, especialmente cuando está convaleciente ó con buena salud.

Solamente al cabo de ocho días, durante los cuales se tranquilizó Andrea completamente, Luis, que tenía sobre el corazón todas las manifestaciones de su enfermo durante

la crisis, juzgó prudente hacer trasportar á Charny á un sitio distante, á fin de despistar el delirio.

Pero á las primeras tentativas hechas con este objeto, Charny se rebeló, fijó en el doctor unas miradas chispeando de cólera, y le dijo que él estaba en palacio y que ninguno tenía derecho á echar de allí á un hombre á quien S. M. daba un asilo.

El doctor, que no era sufrido con los convalecientes tenaces, mandó entrar pura y simplemente cuatro criados y les ordenó que se llevasen al herido.

Pero Charny se agarró á su cama, descargó un recio golpe á uno de los criados y amenazó á los otros como Carlos XII á Bender.

El doctor Luis trató de convencerle con razones: Charny al principio estuvo bastante lógico, pero como insistiesen los criados, hizo un esfuerzo tan grande que se abrió de nuevo la herida, y con su sangre echó á volar su razón: había entrado en un acceso de delirio más fuerte que el primero.

Entonces principió á gritar que querían alejarle de allí para privarle de las visiones que había tenido en su sueño, pero que era en vano, porque las visiones le sonreían siempre, que le amaban y que irían á verle en despecho del doctor, porque la que le amaba era de un rango que no podía temer la repulsa de nadie.

Al oír estas palabras el doctor, todo trémulo, se apresuró á despedir los criados, curó de nuevo la herida, y resuelto á curar la razón después del cuerpo, volvió á poner la materia en su estado satisfactorio, pero no pudo evitar el delirio, cosa que principió á asustarle en atención á que el enfermo podía pasar del delirio á la locura.

En un solo día todo empeoró, en tales términos que el

doctor Luis creyó oportuno recurrir á los remedios heroicos. El enfermo no sólo se perdía á sí mismo, sino que perdía también á la reina: á fuerza de hablar gritaba; á fuerza de recordar inventaba, y lo peor era que en esos momentos lúcidos, y de esos tenía muchos, Charny estaba más loco que durante la locura.

Embarazado en grado supremo, Luis, no pudiendo apoyarse en la autoridad del rey, porque el enfermo también se apoyaba en ella, resolvió ir á decirlo todo á la reina, y para dar este paso se aprovechó de un momento en que Charny dormía, fatigado de haber contado sus sueños y de haber llamado su visión.

El doctor halló á María Antonieta muy pensativa y radiante á la vez, porque suponía que el doctor iba á darle noticias satisfactorias de su enfermo.

Pero se quedó muy sorprendida, porque á la primera pregunta que le hizo, Luis respondió sin rodeos que el enfermo estaba de mucho cuidado.

— ¡Cómo! Ayer iba muy bien.

— No, señora; iba muy mal.

— Sin embargo he enviado á Misery, y le habéis respondido con un buen boletín.

— Me engañaba y quería engañaros.

— ¿Qué significa eso? replicó la reina poniéndose muy pálida. Si está peor, ¿por qué ocultármelo? ¿Qué tengo yo que temer, doctor, sino una desgracia ¡ay! demasiado común?

— Señora...

— Y si va bien, ¿por qué causarme una inquietud que es natural tratándose de un buen servidor del rey?... De consiguiente respondió con franqueza sí ó no. ¿Qué hay acerca

de la enfermedad? ¿qué acerca del enfermo? ¿Hay peligro?

— Para él menos aún que para otros, señora.

— He ahí que principian los enigmas, doctor, dijo la reina con impaciencia. Explicaos.

— No es fácil, señora, respondió el doctor. Básteos saber que la enfermedad del conde de Charny es enteramente moral; la herida no es más que un accesorio en sus dolores, un pretexto para el delirio.

— ¡Una enfermedad moral M. de Charny!...

— Sí, señora; pues yo llamo moral todo mal que no se analiza con el escalpelo. Dispensadme de dar más explicaciones á V. M.

— ¿Queréis decir que el conde?... insistió la reina.

— ¿Vos queréis que me explique? preguntó el doctor.

— Ciertamente que lo quiero.

— Pues bien; quiero decir que el conde está enamorado, he ahí lo que quería decir. V. M. me manda explicarme, y ya me explico.

La reina hizo un ligero movimiento de hombros que quería decir: ¡Valiente enfermedad!

— ¿Y creéis, señora, que se cura de eso como de una herida? repuso el doctor. No, el mal se empeora, y del delirio pasajero M. de Charny caerá en una monomanía mortal. Entonces...

— ¿Entonces qué, doctor?

— Vos habréis perdido á ese joven, señora.

— Verdaderamente me sorprendéis con vuestras cosas, doctor. ¡Yo habré perdido á ese joven! ¿Soy yo por ventura la causa de que él esté loco?

— Sin duda.

— Doctor, vos me indignáis.

— Si vos no sois la causa en este momento, prosiguió el inflexible doctor, encogiéndose de hombros, lo seréis más tarde.

— Entonces dad consejos, puesto que es esa vuestra profesión, dijo la reina un poco más cariñosa.

— ¿Es decir que yo haga una receta?

— Si gustáis.

— Hela aquí: Cúrese al joven con el bálsamo ó con el hierro; mátele ó cúrele la mujer cuyo nombre invoca él á cada instante.

— ¡Siempre andáis con extremos!... interrumpió la reina volviendo á impacientarse. ¡Matar... curar... grandes palabras! ¿Por ventura semata á un hombre con una crueldad? ¿acaso se le cura con una sonrisa?

— ¡Ah! si vos también sois incrédula, dijo el doctor, no me queda más que presentar mis muy humildes respetos á V. M.

— Pero, veamos; primeramente ¿se trata de mí?

— No sé nada, ni lo quiero saber; sólo os repito que M. de Charny es un loco razonable, que la razón puede á la vez hacer á uno insensato y matarle, y que la locura puede hacer á uno razonable y curarlo. Así, cuando queráis desembarazar este palacio de gritos, de sueños y escándalo, tomaréis un partido.

— ¿Cuál?

— ¡Ah! ¿conque cuál? Yo no hago más que recetas y no aconsejo. ¿Estoy bien seguro de haber oído lo que he oído, de haber visto lo que mis ojos han visto?

— Vamos, suponed que os comprenda, ¿qué resultaría de esto?

— Dos felicidades; la una, la mejor para vos como para

todos nosotros, es que el enfermo, herido en el corazón por ese verdugillo infalible que se llama la razón, termine su agonía que principia; la otra... y bien, la otra... ¡ Ah! señora, dispensadme; he tenido la falta de ver dos salidas en el laberinto, siendo así que para María Antonieta, para la reina de Francia no hay más que una.

— Os comprendo; habéis hablado con franqueza, doctor. Es preciso que la mujer por quien M. de Charny ha perdido la razón, se la restituya de grado ó por fuerza.

— ¡ Perfectamente! Eso es.

— Es preciso que tenga el valor de ir á arrancarle sus sueños, es decir, la víbora roedora que vive replegada en lo más hondo de su alma.

— Sí, señora.

— Mandad que prevengan á alguien; por ejemplo, á la señorita de Taverney.

— ¿ Á la señorita de Taverney? repitió el doctor.

— Sí, y disponed todo lo necesario para que el enfermo nos reciba convenientemente.

— Está dispuesto, señora.

— Sin ningún miramiento.

— Preciso es.

— Pero es más triste de lo que creéis, murmuró la reina, el ir de ese modo á buscar la vida ó la muerte de un hombre.

— Es lo que hago yo todos los días cuando me acerco á un enfermo. ¿ Le voy á atacar por el remedio que mata la enfermedad, ó por el que mata al enfermo?

— Vos estáis bien seguro de no matar al enfermo, ¿ no es verdad? preguntó la reina temblando.

— ¡ Eh! dijo el doctor con aire sombrío. Aun cuando muriese un hombre por el honor de una reina, ¿ cuántos

mueren diariamente por el capricho de un rey? ¡ Vamos, señora, vamos!

La reina suspiró y siguió al viejo doctor, sin haber podido hallar á Andrea.

Eran las once de la mañana; Charny, vestido completamente, estaba durmiendo sobre una poltrona después de la agitación de una noche terrible. Los postigos del cuarto, cerrados cuidadosamente, no dejaban pasar más que un débil reflejo de claridad, pues se tomaban todas las precauciones para no excitar su sensibilidad nerviosa, que era la causa primera de su mal.

Ningún ruido, ningún contacto ni vista. El doctor Luis atacaba hábilmente todos los pretextos de una recrudescencia, y sin embargo, resuelto á dar un gran golpe, no retrocedía ante una crisis que podía matar á un enfermo; aunque es verdad que podía salvarle.

La reina, vestida con un traje de mañana y peinada con una elegancia negligente, entró bruscamente en el corredor que conducía al cuarto de Charny. El doctor le había recomendado que no vacilase, que no se anduviese en ensayos, sino que se presentase inmediatamente con resolución para producir un efecto violento.

De consiguiente dió vuelta tan vivamente á la manecilla cincelada de la primera puerta de la antesala, que una persona inclinada sobre la puerta del cuarto de Charny, una mujer envuelta en su mantón, solo tuvo tiempo para incorporarse y tomar un continente cuya tranquilidad estaba desmentida por el trastorno de su fisonomía y por el temblor de sus manos.

— ¡ Andrea! exclamó la reina sorprendida... ¿ Vos aquí?

— ¡ Yo ! replicó Andrea pálida y turbada. ¡ Yo, sí, señora ! Pero ¿ no está también V. M. ?

— ¡ Oh, oh ! ¡ tenemos una complicación ! murmuró el doctor.

— Os andaba buscando por todas partes... dijo la reina ; ¿ dónde estabais ?

En estas palabras de la reina había un acento que no era el de su bondad ordinaria, y eran como el preludio de un interrogatorio, como el síntoma de una sospecha.

Andrea tuvo miedo, y temía sobre todo que su paso inconsiderado diese la clave de sus sentimientos tan espantosos para ella misma. Así, á pesar de su mucho orgullo, se decidió á mentir por la segunda vez.

— Estoy aquí, como vos estáis viendo.

— Sin duda ; pero ¿ cómo aquí ?

— Señora, replicó Andrea, me han dicho que V. M. había mandado llamarme, y he venido.

La reina no había disipado su desconfianza, y por lo mismo insistió, diciendo :

— ¿ Cómo habéis hecho para adivinar dónde iba yo ?

— Era fácil, señora ; vos estabais con el doctor Luis, y os han visto atravesar los pequeños aposentos ; de consiguiente no podíais tener otro objeto que este pabellón.

— Bien adivinado, repuso la reina indecisa aun, pero sin dureza. Bien adivinado.

Andrea hizo el último esfuerzo, y añadió sonriendo :

— Señora, si V. M. tuviese la intención de ocultarse, habría sido preciso no mostrarse en las galerías descubiertas, como acabáis de hacerlo para venir aquí. Cuando la reina atraviesa la azotea, la señorita de Taverney la vé

desde su cuarto, y no es difícil seguir ó preceder á alguno á quien se ha visto de lejos.

— Tiene mil razones, dijo la reina. Yo tengo la mala costumbre de no adivinar nunca ; como reflexiono poco, no creo en las reflexiones de los otros.

La reina conocía que quizás iba á tener necesidad de indulgencia, puesto que tenía necesidad de una confidenta.

Por otra parte, no siendo su alma un compuesto de coquetería y desconfianza como lo es el alma de las mujeres vulgares, tenía fe en sus amistades, porque sabía que ella podía amar. Las mujeres que desconfían de sí propias desconfían aún más de los otros, y una grande desgracia que castiga á las coquetas, es que nunca se creen amadas de sus amantes.

Así, María Antonieta olvidó muy pronto la impresión que le había hecho la señorita de Taverney delante de la puerta de Charny, cogió la mano de Andrea, le hizo dar vuelta á la llave de aquella puerta, y entrando la primera con una rapidez extrema, penetró en el cuarto del enfermo mientras que el doctor se quedaba fuera con Andrea.

Apenas vió ésta desaparecer la reina, levantó al cielo una mirada llena de cólera y de dolor, cuya expresión parecía una imprecación furiosa.

El bondadoso doctor la cogió del brazo y principió á pasearse con ella por el corredor diciéndole :

— ¿ Creéis que ella lo logrará ?

— ¿ Lograr el qué ? ¡ Dios mío ! exclamó Andrea.

— ¿ El hacer transportar á otra parte á ese pobre loco, que á poco que dure su calentura se morirá ?

— ¿ Conque en otra parte se curaría ? exclamó Andrea

El doctor la miró sorprendido é inquieto, y respondió :

— Yo así lo creo.

— ¡Oh, entonces ojalá lo logre! exclamó la pobre joven.

CAPÍTULO II.

CONVALECENCIA.

Entretanto la reina se había ido en derechura al sillón de Charny.

Este, al oír el ruido de los chapines que rechinaban sobre el entarimado, levantó la cabeza y murmuró tratando de levantarse :

— ¡ La reina !

— ¡ La reina, sí, caballero ! se apresuró á decir María Antonieta; la reina, que sabe cuánto os esforzáis en perder la razón y la vida ; la reina, á quien ofendéis en vuestros sueños ; la reina, á quien ofendéis despierto ; la reina, que tiene cuidado de su honor y de vuestra seguridad ! He ahí por qué viene á veros, caballero, y no es así como debierais recibirla.

Charny se había levantado trémulo y fuera de sí ; luego, al oír las últimas palabras se había dejado caer de rodillas tan abatido por el dolor físico y el dolor moral, que, encorvado como un culpable, no quería ni podía levantarse.

— ¿Es posible, prosiguió la reina enternecida por aquel respeto y aquel silencio, que un noble, afamado antes entre los más leales, ataque como un enemigo la reputación de una mujer? Porque debéis tener entendido, señor de Charny, que desde nuestra primera entrevista no es la reina á quien habéis visto y que yo os he mostrado, era una mujer, y hubierais debido no olvidarlo jamás.

Charny, arrastrado por estas palabras salidas del corazón, quiso tratar de articular una palabra en su defensa, pero María Antonieta no le dió tiempo para hacerlo.

— ¿Qué harán mis enemigos, dijo la reina, si vos dais el ejemplo de la traición?

— ¡La traición! balbuceó Charny.

— Caballero, ¿queréis escoger? ó sois un insensato, y entonces voy á quitaros el medio de hacer daño; ó sois un traidor, y en este caso voy á castigaros.

— Señora, no digáis que soy un traidor. En boca de los reyes, esa acusación precede á la sentencia de muerte; en boca de una mujer es honra. ¡Reina, matadme! ¡mujer, perdonadme!

— ¿Estáis en vuestro juicio, señor de Charny? dijo la reina con voz alterada.

— Sí, señora.

— ¿Conocéis vuestros agravios hacia mí, vuestro crimen hacia... el rey?

— ¡Dios mío! murmuró el desventurado.

— Porque vosotros los nobles olvidáis demasiado fácilmente que el rey es el esposo de esta mujer á quien insultáis todos poniendo los ojos sobre ella; el rey es el padre de vuestro amo y señor futuro, mi delín. El rey es un hombre más grande y mejor que todos vosotros, un hombre á quien yo venero y amo.

— ¡Oh! murmuró Charny lanzando un sordo gemido, y apoyándose con una mano sobre el entarimado para no caer.

Su quejido atravesó el corazón de la reina, la cual leyó en la apagada mirada del joven, que acababa de ser herido de muerte, si ella no sacaba pronto de la herida el dardo que le había clavado.

Por lo tanto, siendo como era misericordiosa y dulce, se espantó de la palidez y debilidad del culpable, y estuvo casi á punto de pedir socorro; pero reflexionando que el doctor y Andrea podían interpretar mal aquel desmayo del enfermo, le levantó con sus propias manos, y dijo:

— Hablemos, yo como reina, y vos como hombre. El doctor Luis ha tratado de curaros; esa herida que no era nada, se empeora por las extravagancias de vuestro cerebro. ¿Cuándo estará curada esa herida? ¿Cuándo cesaréis de presentar al bondadoso doctor el espectáculo escandaloso de una locura que le inquieta? ¿Cuándo marcharéis de este palacio?

— Señora, balbuceó Charny, V. M. me echa de aquí... ¡Me marcho, me marcho!

É hizo un movimiento tan violento para partir que, perdiendo el equilibrio, fué á caer tambaleando en los brazos de la reina, que le cerraba el paso.

Apenas sintió el contacto de aquel pecho abrasador que le retenía, apenas se dobló bajo la presión involuntaria del brazo que le sostenía, le abandonó completamente su razón, y se abrió su boca para dar salida á un soplo devorador que no era una palabra y no osaba ser un beso.

La misma reina, abrasada por aquel contacto, doblegada por aquella debilidad, no tuvo tiempo para arrastrar el cuerpo inanimado sobre la poltrona, y quiso huir; pero la

cabeza de Charny se había caído hacia atrás, se golpeaba contra la madera de la poltrona, de sus labios salía una espuma rojiza, y de su frente había caído sobre la mano de María Antonieta una gota tibia y color de rosa.

— ¡Oh, tanto mejor! murmuró Charny, ¡tanto mejor! ¡Yo muero matado por vos!

La reina lo olvidó todo. Se volvió, cogió á Charny en sus brazos, levantóle, estrechó su cabeza muerta contra su pecho, y apoyó una mano helada sobre el corazón del joven.

El amor hizo un milagro: Charny resucitó: abrió los ojos; la visión desapareció. La mujer se espantaba de haber dejado un recuerdo allí donde creía no dar más que un último adiós.

La reina dió tres pasos hacia la puerta con tal precipitación, que Charny apenas tuvo tiempo de coger la punta de su vestido exclamando:

— Señora, en nombre de todo el respeto que profeso á Dios, menor que el que os profeso á vos.

— ¡Adiós, adiós! dijo la reina.

— ¡Señora!... ¡Oh, perdonadme!

— Os perdono, señor de Charny.

— ¡Señora, una última mirada!

— Señor de Charny, dijo la reina trémula de emoción y de cólera, si no sois el más bajo de los hombres, esta noche, mañana, estaréis muerto ó fuera de este palacio.

Una reina ruega cuando manda en estos términos. Charny, juntando las manos con embriaguez, se arrastró de rodillas hasta los pies de María Antonieta.

Esta había abierto ya la puerta para huir más pronto del peligro.

Andrea, cuyos ojos devoraban aquella puerta desde el

principio de la visita, vió al joven prosternado y á la reina desfallecida; vió los ojos de aquél resplandecer de esperanza y orgullo, y las miradas de ésta inclinarse apagadas hacia el suelo.

Herida en el corazón, desesperada, henchida de odio y desprecio, no dobló la cabeza. Cuando vió volver á la reina, le pareció que Dios había sido demasiado pródigo con aquella mujer, dándole como superfluo un trono y la hermosura, puesto que acababa de concederle aquella media hora con M. de Charny.

El doctor veía demasiadas cosas para notar ninguna.

Embargada toda su mente por el éxito de la negociación entablada por la reina, se contentó con decir:

— ¿Y bien, señora?

La reina tomó un minuto para serenarse y hallar su voz ahogada por los latidos de su corazón.

— ¿Qué hará? repitió el doctor.

— Partirá, murmuró la reina.

Y sin fijar la atención en Andrea, que fruncía el entrecejo, ni en Luis que se frotaba las manos, atravesó rápidamente el corredor y la galería, se envolvió maquinalmente en su mantón y entró en su cuarto.

Andrea estrechó la mano del doctor, que corría á ver al enfermo, y luego, con un paso solemne como el de una sombra, se volvió á su cuarto con la cabeza baja, los ojos fijos y el pensamiento ausente, sin haber siquiera pensado en pedir las órdenes de la reina. Para una naturaleza como la de Andrea, la reina no era nada: la rival era todo.

Charny, entregado otra vez á los cuidados de Luis, no pareció ya ser el mismo hombre de la víspera.

Fuerte hasta la exageración, atrevido hasta la fanfarro-

nada, dirigió al bondadoso doctor preguntas tan apremiantes, tan enérgicas, sobre su próxima convalecencia, sobre el régimen que debía observar, y sobre los medios de transportarle de allí, que Luis creyó en una recaída más peligrosa, causada por una manía de otra índole.

Charny le sacó muy pronto de su error, pues se parecía á esos hierros candentes, cuyo color se amortigua á la vista á medida que la intensidad del calor se disminuye: el hierro está negro y no habla ya á la vista, pero está aún bastante encendido para devorar cuanto se le presente.

Luis vió al joven recobrar su calma y su lógica de otro tiempo. Charny fué realmente tan razonable que se creyó obligado á explicar á su médico el brusco cambio de su resolución.

— La reina, dijo, me ha curado más avergonzándome que vuestra ciencia, querido doctor, me habría curado con excelentes remedios; ya veis, el atacarme por el amor propio es domarme como se doma á un caballo con el bocado.

— ¡ Tanto mejor, tanto mejor ! murmuró el doctor.

— Sí, recuerdo que un español me decía un día, para probarme la fuerza de su voluntad, que en un duelo en que había recibido una herida, le había bastado querer retener su sangre para que ésta no corriese y regocijase la vista de su adversario. Yo me refí entonces del español, y sin embargo veo ahora que soy algo como él: si mi calentura y ese delirio que vos me vituperáis quisiesen aparecer de nuevo, apuesto á arrojarlos diciendo: Delirio y calentura, no volváis á presentaros.

— Tenemos ejemplos de ese fenómeno, dijo con gravedad el doctor. Sin embargo, permitidme que os felicite. ¿ Conque estáis curado moralmente ?

— ¡ Oh ! sin duda.

— Pues bien; entonces no tardaréis en ver toda la relación que hay entre el moral y el físico del hombre. Esa es una hermosa teoría que, si yo tuviese tiempo, publicaría en un libro. Sano de espíritu, estaréis sano de cuerpo en ocho días.

— ¡ Querido doctor, gracias !

— Y para principiar ¿ vais á partir ?

— Cuando gustéis; ahora mismo.

— Aguardemos hasta la noche: debemos moderarnos, pues siempre hay riesgo en pasar á los extremos.

— Entonces aguardemos á la noche, doctor.

— ¿ Iréis lejos ?

— Al fin del mundo, si es preciso.

— Es demasiado lejos para la primera salida, dijo el doctor con la misma flemma. Primeramente contentémonos con Versalles, ¿ qué os parece ?

— Sea Versalles, puesto que lo queréis.

— Me parece que el hallaros curado de vuestra herida no es un motivo para expatriaros, dijo el doctor.

Esta estudiada sangre fría acabó de poner á Charny en guardia.

— Verdad es, doctor; tengo una casa en Versalles.

— Pues bien, tenemos todo lo que nos hace falta; esta noche os trasladarán allá.

— No me habéis comprendido bien, doctor; yo deseaba dar una vuelta por mis tierras.

— ¡ Ah ! entonces hablad claramente. Vuestras tierras... ¡ qué diablo ! pero vuestras tierras no están al fin del mundo.

— Están en la frontera de la Picardía, á quince ó diez y ocho leguas de aquí.

— Ya veis que tengo razón.

Charny estrechó la mano del doctor, como para darle gracias por todas sus delicadezas.

Por la noche, aquellos cuatro criados á quienes tan rudamente había despachado cuando su primera tentativa, se llevaron á Charny hasta la carroza que le aguardaba al pie de los postigos de las piezas de la servidumbre.

El rey, que había cazado todo el día, acababa de cenar y estaba durmiendo. Charny, algo preocupado de partir sin despedirse, fué completamente tranquilizado por el doctor, que le prometió disculpar su marcha con la necesidad de cambiar de residencia.

Antes de entrar en su carroza, Charny se dió la dolorosa satisfacción de mirar hasta el último momento á las ventanas del aposento de la reina. Nadie podía verle, pues un lacayo con un hachón en la mano le alumbraba el camino sin iluminar su fisonomía.

Charny sólo encontró en las gradas á varios oficiales amigos suyos, que habían sido advertidos bastante á tiempo para que su marcha no tuviese la apariencia de una fuga.

Escortado hasta la carroza por aquellos alegres compañeros, Charny pudo permitir á sus ojos el errar sobre las ventanas; las de la reina despedían una luz resplandeciente. S. M., un poco indispuesta, había recibido á las damas en su cuarto de dormir.

Las de Andrea, tristes y obscuras, ocultaban tras de los pliegues de las cortinas de damasco una mujer muy ansiosa y palpitante, que observaba sin ser vista hasta los últimos movimientos del enfermo y de su escolta.

En fin partió la carroza, pero tan lentamente que se oían las pisadas de los caballos sobre el sonoro empedrado.

— Si no es mío, murmuró Andrea, á lo menos no es ya de ninguna.

— Si se le vuelve á antojar el morirse, dijo el doctor al entrar en su cuarto, á lo menos no morirá en mi cuarto ni en mis manos. ¡Diablo con las enfermedades del alma! No es uno el médico de Antioco y de Stratonices para curar esas enfermedades.

Charny llegó sano y salvo á su casa. El doctor le fué á visitar la misma noche, y le halló tan bien que se apresuró á anunciar sería la última visita que le haría.

El enfermo cenó un poco de pechuga de pollo y una cucharada de conserva de Orleans.

Á la mañana siguiente, recibió la visita de su tío M. de Suffrén, la de M. de Lafayette y la de un enviado del rey. Al otro día sucedió casi lo mismo, y después ya no se ocuparon de él.

Charny principiaba á levantarse y daba algunos pasos por su jardín. Al cabo de ocho días podía ya montar un caballo de buen paso, pues había principiado á recobrar sus fuerzas; y como su casa no estuviere aun bastante abandonada, mandó llamar al médico de su tío, y que pidiesen al doctor Luis la autorización para marcharse á sus posesiones.

Luis respondió con confianza que la locomoción era el último grado de cura de las heridas; que M. de Charny tenía un excelente coche, que el camino de la Picardía era tan liso como un espejo, y que sería una locura quedarse en Versalles pudiendo viajar tan bien y tan felizmente.

Charny mandó cargar un gran furgón de bagajes; se despidió del rey, que le colmó de bondades, rogó á M. de Suffrén que presentase sus respetos á la reina, quien aquella tarde estaba enferma y no recibía, y luego, subiendo á su coche en la misma puerta del palacio real, partió para

la pequeña ciudad de Villers-Cotterets, desde donde debía pasar al palacio de Boursonnes, situado á una legua de la pequeña ciudad que las primeras poesías de Dumoustier principiaban á ilustrar.

CAPÍTULO III.

DOS CORAZONES SANGRANDO.

Á la mañana siguiente al día en que la reina había sido sorprendida por Andrea huyendo de Charny arrodillado delante de ella, entró la señorita de Taverney, según su costumbre, en la cámara real, á la hora de la pequeña toaleta antes de la misa.

La reina no había recibido aun visita, sólo acababa de leer un billete de madama de La Motte, y estaba de un humor risueño.

Andrea, más pálida aun que la víspera, tenía en toda su persona esa seriedad y esa fría reserva que llama la atención y fuerza á los mayores á contar con los menores.

Sencilla, austera, por decirlo así, en su traje, Andrea parecía una mensajera de la desgracia. ¿Era para ella ó para otros esa desgracia?

La reina se hallaba en uno de sus días de distracción, y de consiguiente no hizo alto en aquel andar lento y grave

de Andrea, en sus ojos enrojecidos, en el blanco mate de sus sienas y manos.

Volvió la cabeza solamente lo necesario para que oyera su saludo amistoso.

— Buenos días, querida.

Andrea aguardó á que la reina le presentase una ocasión de hablar; y aguardó bien segura de que su silencio é inmóvilidad llegarían á atraer las miradas de María Antonieta.

Así sucedió. No habiendo recibido más respuesta que una grande reverencia, la reina se volvió y percibió oblicuamente aquel rostro en que estaba pintado el dolor y la rigidez.

— ¡Dios mío! exclamó volviéndose enteramente, ¿qué hay, Andrea? ¿te sucede alguna desgracia?

— Sí, señora, una desgracia grande, respondió la joven.

— ¿Qué desgracia es?

— Voy á dejar á V. M.

— ¡Dejarme! ¿Tú te marchas?

— Sí, señora.

— ¿Y adónde? ¿Cuál puede ser la causa de esa marcha precipitada?

— Señora, yo no soy dichosa en mis afecciones...

La reina levantó la cabeza.

— De familia, añadió Andrea ruborizándose.

La reina se ruborizó á su vez, y sus dos miradas se cruzaron brillando como el choque de dos espadas.

La reina fué la primera que se serenó.

— No os comprendo bien, dijo. Me parece que ayer erais dichosa.

— No, señora, respondió con firmeza Andrea: ayer fué uno de los días infortunados de mi vida.

— ¡ Ah ! exclamó la reina pensativa ; luego añadió :

— ¡ Explicaos !

— Me sería preciso fatigar á V. M. con detalles que no deben llegar hasta vuestra altura. No tengo ninguna satisfacción en mi familia ; no tengo nada que esperar de los bienes de la tierra, y vengo á pedir á V. M. una licencia para ocuparme de mi salvación.

La reina se levantó, y fué á coger la mano de Andrea, aunque este paso pareció costoso á su orgullo.

— ¿ Qué significa esa resolución de mala cabeza ? dijo. ¿ No tenfais ayer, como hoy, un hermano y un padre ? ¿ Eran menos incómodos ó menos nocivos que hoy ? ¿ Me creéis capaz de dejaros en un apuro, y no soy ya la madre de familia que devuelve una á los que no la tienen ?

Andrea principió á temblar como una culpable, é inclinandose ante la reina, dijo :

— Señora, vuestra bondad llena mi corazón de gratitud, pero no me disuadirá. He resuelto dejar la corte, pues tengo necesidad de volver á mi vida solitaria. Así os ruego no me expongáis á faltar á mis deberes hacia vos, desoyendo la vocación que en mí siento.

— Entonces ¿ la sentís desde ayer ?

— Dignese V. M. no ordenarme que hable sobre esta materia.

— Sed libre, dijo la reina con tono amargo ; sólo que me parecía que yo os manifestaba bastante confianza para que vos la tuvieseis también conmigo. Pero es un loco quien pide que hable á quien no quiere hablar. Guardad vuestros secretos, señorita, y sed más feliz lejos de lo que habéis sido aquí. Acordaos de una sola cosa, y es que mi amistad no abandona jamás á las personas, á pesar de sus caprichos,

y que vos no cesaréis de ser para mí una amiga. Ahora, Andrea, podéis ir, sois libre.

Andrea hizo una reverencia de corte y se retiró. Al llegar á la puerta la llamó la reina diciéndole :

— ¿Adónde vais, Andrea ?

— Á la abadía de San Dionisio, señora, respondió Mlle de Taverney.

— ¡ Al convento ! ¡ Oh ! está bien, señorita ; quizás no tenéis nada que vituperaros, pero aun cuando no fuese más que la ingratitud y el olvido, es demasiado : sois bastante culpable hacia mí. Idos, señorita de Taverney, idos.

Resultó de ahí que sin dar otras explicaciones, con las que contaba el bondadoso corazón de la reina, sin humillarse ni enternecerse, Andrea cogió al vuelo la licencia de la reina y desapareció.

María Antonieta pudo observar y observó que Mlle de Taverney dejaba el palacio en el acto.

En efecto, se dirigía á la casa de su padre, en donde, según se prometía, halló á Felipe en el jardín. El hermano estaba meditabundo ; la hermana obraba.

Al aspecto de Andrea, á quien en aquellas horas debía su servicio retener en palacio, Felipe se adelantó sorprendido, casi asustado.

Asustado especialmente de aquel semblante sombrío, puesto que jamás su hermana se acercaba á él sin una sonrisa de tierna amistad, principió del mismo modo que la reina : la interrogó.

Andrea le anunció que acababa de dejar el servicio de la reina, que estaba aceptada su despedida, y que iba á entrar en un convento.

Felipe se azotó las manos con fuerza, como un hombre que recibe un golpe inesperado.

— ¡ Cómo ! ¿ también vos, hermana mía ? dijo.

— ¡ También yo ! ¿ qué queréis decir ?

— ¿ Conque el contacto de los Borbones es un contacto maldito para nuestra familia ? exclamó Felipe. ¡ Vos os creéis forzada á hacer votos solemnes ! ¡ Vos religiosa por inclinación y por alma ; vos la menos mundana de las mujeres y la menos capaz de eterna obediencia á las leyes del ascetismo ! Vamos, ¿ qué tenéis que vituperar á la reina ?

— Nada hay que vituperar á la reina, Felipe, respondió friamente la joven : tú que tanto has contado con el favor de las cortes ; tú que más que ningún otro, has debido contar con él ¿ por qué no has podido permanecer allí ? ¿ por qué no te quedaste allí siquiera tres días ? ¡ Yo he permanecido tres años !

— Andrea, la reina es á veces caprichosa.

— Si es eso, Felipe, tú que eres hombre podías sufrirlo ; pero yo que soy mujer, no debo ni quiero sufrirlo ; si ella tiene sus caprichos, allí están sus criadas.

— Pero eso, hermana mía, no me explica cómo has tenido tus desavenencias con la reina, repuso el joven con cierta timidez.

— Te juro que no he tenido ninguna desavenencia ; ¿ las has tenido tú para dejarla ? ¡ Oh, esa mujer es ingrata !

— Se la debe perdonar, Andrea ; la lisonja la ha maleado un poco, pero en el fondo es bondadosa.

— La prueba está en lo que ha hecho contigo, Felipe.

— ¿ Qué ha hecho ?

— ¿ Ya lo has olvidado ? ¡ Oh ! yo tengo mejor memoria. Así en un solo y mismo día, y con una sola y misma resolución, pago tu deuda y la mía, Felipe.

— Me parece que la pagas demasiado cara, Andrea, pues

no se renuncia al mundo en tu edad y con tu hermosura. ¡Cuidado, querida amiga! tú lo abandonas joven, lo echarás de menos cuando seas vieja, y volverás á él cuando no sea ya tiempo, disgustando á todos tus amigos de quienes te habrá apartado una locura.

— No razonabas así tú, un esforzado oficial lleno de honor y sensatez, pero poco cuidadoso de tu fama ó de tu fortuna, que solo has sabido contraer deudas y rebajarte allí donde otros han amontonado títulos y oro; tú no razonabas así cuando me decías: *ella es caprichosa*, Andrea, *ella es coqueta*, *ella es pérfida*, y prefiero no servirla. Para practicar esa teoría, has renunciado al mundo aunque no te has hecho fraile, y, entre nosotros dos, el que está más cerca de los votos irrevocables, no soy yo que voy á hacerlos, sino tú que los has hecho ya.

— Tienes razón, hermana mía, y si no fuera por nuestro padre...

— ¡Nuestro padre!... Felipe, no me hables así, replicó Andrea con amargura. Un padre ¿no debe ser el sostén de sus hijos ó aceptar su apoyo? Solo es padre á esas condiciones. ¿Y qué hace el nuestro? te pregunto. ¿Has tenido jamás la idea de confiar un secreto al señor de Taverney? ¿Le crees capaz de llamarte para confiarte un secreto suyo? No, prosiguió Andrea con una expresión de pesar, no, el señor de Taverney nació para vivir solo en este mundo.

— Convento en ello, Andrea, pero no nació para morir solo.

Estas palabras, dichas con dulce severidad, recordaban á la joven que dejaba en su corazón un lugar demasiado grande á su cólera, á su acrimonia y á su rencor contra el mundo.

— No quisiera que me tomases por una hija sin entrañas, respondió: tú sabes si soy una hermana tierna; pero en este mundo cada uno ha querido matar en mí el instinto simpático que le correspondía. Dios me había dado al nacer un alma y un cuerpo, como á toda criatura: de ese cuerpo y esa alma toda criatura humana puede disponer en este mundo. Un hombre á quien no conozco (Bálsamo) ha cogido mi alma: un hombre á quien apenas conocía (Gilberto) ha cogido mi cuerpo. Te lo repito, Felipe, para ser una hija piadosa, sólo me falta un padre. Pasemos á ti, examinemos lo que te ha valido el servicio de los grandes de la tierra, á ti que los amabas.

Felipe bajó la cabeza, y dijo:

— No hablemos de mí; los grandes no eran para mí más que criaturas mis semejantes; yo los amaba; Dios nos ha mandado amarnos unos á otros.

— ¡Oh! Felipe, dijo Andrea, en este mundo nunca sucede que el corazón que ama corresponda directamente al que le ama; los que nosotros elegimos para amarlos, escogen á otros.

Felipe levantó su pálida frente y consideró largo rato á su hermana con una expresión de asombro.

— ¿Por qué me dices eso? preguntó, ¿qué me quieres indicar?

— Nada, nada, respondió generosamente Andrea, retrocediendo ante la idea de descender á revelaciones ó confidencias. Yo estoy herida, hermano mío; siento que se extravía mi razón, así no hagas ningún caso de mis palabras.

— Sin embargo...

Andrea se acercó á Felipe y le cogió la mano.

— Basta ya de esta materia, amadísimo hermano. He

venido para suplicarte me acompañases al convento. He elegido á San Dionisio; no quiero hacer allí ningún voto, no tengas cuidado. Eso, si es necesario, lo haré más tarde. En vez de buscar en un asilo lo que la mayor parte de las mujeres quieren hallar, el olvido, yo voy á busear la memoria. Me parece que he olvidado mucho al Señor, que es el único rey, el único dueño y el único consuelo. Acercándome á él, hoy que le comprendo, habré hecho más por mi felicidad que si todo cuanto hay en este mundo de rico, de fuerte, de poderoso y de amable, hubiese conspirado para proporcionarme una vida dichosa, ¡á la soledad, hermano mío, á la soledad! ¡á ese vestíbulo de la eterna beatitud!... En la soledad, Dios habla al corazón del hombre, y el hombre habla al corazón de Dios.

Felipe detuvo á Andrea con el gesto, diciéndole :

— Acuérdate que yo me opongo moralmente á ese desig-
nio desesperado; tú no me has hecho juez de las causas
de tu desesperación.

— ¡Desesperación! repitió Andrea con, solemne despre-
cio. ¡Desesperación dices! Á Dios gracias yo no parto
desesperada. ¿Pesar con desesperación? ¡No, no! ¡mil
veces no!

Y con un movimiento lleno de salvaje fiereza, se echó sobre
los hombros el mantón de seda que tenía á su lado en un
sillón.

— Ese mismo exceso de desdén manifiesta en ti un esta-
do que no puede durar, Andrea, repuso Felipe; no quieres
que lo llame desesperación, así lo llamaré despecho.

— ¡Despecho! replicó la joven modificando su sonrisa
sardónica con otra llena de orgullo. Tú no crees, hermano
mío, que la señorita de Taverny es tan poco fuerte que

cede su plaza en este mundo por un impulso de despecho.
El despecho es una debilidad de las coquetas ó las tontas.
El ojo encendido por el despecho se llena al punto de lá-
grimas, y queda apagado el incendio. Yo no tengo despe-
cho, Felipe. Desearía mucho que me creyeses, y para ello
bastaría te interrogases á ti mismo cuando te han hecho
algún agravio. Respóndeme, Felipe; si mañana te retirases
á la Trapa, si te hicieras cartujo, ¿cómo llamarías la causa
que á esa resolución te arrastrase?

— La llamaría un pesar incurable, hermana mía, res-
pondió Felipe con la dulce majestad de la desgracia.

— En hora buena, Felipe; he ahí una palabra que me
conviene y que adopto. En buena hora; lo que me arrastra
hacia la soledad es un pesar incurable.

— Bien, respondió Felipe, y el hermano y la hermana no
habrán tenido desemejanza en su vida. Dichosos muy igual-
mente, habrán sido siempre desgraciados en el mismo
grado. Eso hace la buena familia, Andrea.

Andrea creyó que Felipe, arrebatado por su emoción, le
haría una nueva pregunta, y quizás su corazón inflexible se
habría despedazado bajo la presión de la amistad fraternal.
Pero Felipe sabía por experiencia que las almas grandes
se bastan á sí mismas, y no quiso inquietarla de su hermana
en la trinchera que había elegido.

— ¿Á qué hora y qué día piensas partir? le preguntó.

— Mañana... hoy mismo si aun es tiempo.

— ¿No quieres dar por última vez un paseo conmigo en
el parque?

— No, respondió Andrea.

Felipe comprendió perfectamente por el apretón de mano
que acompañó esta negativa, que la joven sólo quería evitar
una ocasión de dejarse enternecer.